

hostia de inmolacion, me dijo: «Sí, hija
»mia, vengo á ti como soberano sa-
»crificador para darte un vigor nuevo,
»á fin de inmólar te con nuevos supli-
»cios.» Lo hizo, y me encontré cam-
biada tan completamente, que me pa-
recia ser una esclava, á la que acaba-
ran de volver á su libertad. Mas no
duró esto mucho, porque se comenzó
de nuevo á decirme que era el diablo
el autor de cuanto pasaba conmigo, y
que me conduciría á la pérdida, si no
andaba con cuidado con sus astucias
é ilusiones.

Fué este un golpe terrible para mí,
que toda mi vida habia estado con te-
mor de ser engañada y de engañar á
las demás, aunque sin pretenderlo. Me
hacia esto derramar muchas lágrimas,
porque no podia en manera alguna sus-
traerme al poder de este Espíritu so-
berano, que obraba en mí, y por mucho
que pudiera esforzarme, era impotente
para alejarle de mí, ni impedir sus ope-

raciones. Porque de tal modo se habia
apoderado de todas las potencias de mi
alma, que me parecia estar en un abis-
mo, donde más hundida me hallaba
cuanto mayores esfuerzos hacia para
salir. Aunque emplease todos los me-
dios prescritos, todo era en vano.

A veces combatia con tal empeño,
que quedaban agotadas todas mis fuer-
zas; pero mi Soberano se reia de todo
esto, y me daba tales seguridades, que
disipaba desde luego todos mis teme-
res diciéndome: «Qué tienes que te-
»mer entre los brazos del Omnipotente?
»¿Podré dejarte perecer entregándote
»á tus enemigos, despues de haberme
»constituido en Padre, Maestro y Di-
»rector tuyo desde tu más tierna infan-
»cia, y haberte dado continuas pruebas
»de la amorosa ternura de mi divino
»Corazon, en el cual tambien he fijado
»tu actual y eterna morada? Para ma-
»yor seguridad, dime la prueba más
»convinciente, que deseas de mi amor,

»y te la daré. Pero ¿por qué luchas contra mí, siendo yo tu solo, verdadero y «único amigo?» Tales reprehensiones de mi desconfianza me produjeron un disgusto y confusión tan grandes, que me propuse desde este momento no contribuir jamás de modo alguno á las pruebas, que se hicieran acerca del Espíritu que me guiaba, contentándome con aceptar humildemente y con todo mi corazón cuanto se quisiera hacer.

Mi Señor y mi Dios, Vos, que sólo conocéis la pena, que sufro en el cumplimiento de esta obediencia, y la violencia, que necesito hacerme para vencer la repugnancia y confusión, que siento al escribir todas estas cosas; concededme la gracia de morir ántes de escribir algo, fuera de lo que me dicte la verdad de vuestro Espíritu, y haya de daros á Vos gloria y á mí confusión. Y por piedad, mi soberano Bien, no sea esto leído jamás por persona alguna, sino sólo por aquel, que segun

vuestro beneplácito lo haya de examinar, para que no me impida este escrito permanecer sepultada en el eterno desprecio y olvido de las criaturas. Dios mio, dad ésta consolación á vuestra pobre y miserable esclava. En el momento mismo recibí esta respuesta á mi súplica: «Abandónalo todo á mi «santo beneplácito, y déjame cumplir «mis designios sin mezclarte en nada, «porque yo tendré cuidado de todo.»

Voy, pues, á continuar por obediencia ¡oh Dios mio! sin otra pretension que la de contentaros con esta especie de martirio, que sufro escribiendo, pues cada palabra me parece un sacrificio. ¡Ojalá podais ser así eternamente glorificado! He aquí cómo me ha manifestado su voluntad sobre este asunto.

Como siempre me he sentido movida á amar á mi soberano Señor por amor de sí mismo, no queriendo ni deseando sino á Él solo, no me apegaba jamás á sus dones, por grandes que

fuesen respecto á mí, ni los recibía sino porque venían de Él, y fijaba en ellos la menor reflexión posible, procurando olvidar todo para no acordarme sino de Él solo, fuera del cual nada merece mi estimación. Y así, cuando me fué preciso cumplir esta obediencia, creía serme imposible escribir cosas pasadas hacia ya tanto tiempo; pero Él me ha dado á conocer claramente lo contrario; pues, para facilitármelo, me ha vuelto á colocar en las mismas disposiciones, de que hablo en cada punto. Así me convenció de su voluntad.

En medio de mis penas y temores tenía siempre mi corazón en una paz inalterable. Me hicieron hablar con algunas personas doctas, las cuales, muy lejos de asegurarme en mi camino, aumentaron todavía más mis penas. Finalmente envió aquí Nuestro Señor al P. La Colombière, al cual había yo asegurado ya desde el principio, que mi soberano Maestro me prometió, po-

co después de haberme consagrado á Él, que me enviaría un servidor suyo, á quien quería manifestase según la inteligencia que sobre ello me daría, todos los secretos de su Sagrado Corazón, que Él me había confiado; pues me le enviaba para asegurarme en mis caminos, y para repartir con él las extraordinarias gracias de su Sagrado Corazón, las cuales derramaría con abundancia en nuestras conferencias.

Cuando vino aquí este santo varón, y mientras hablaba á la Comunidad, oí interiormente estas palabras: «Ahí el que te envió.» Lo reconocí al instante en la primera confesión de Témperas, pues sin habernos visto, ni hablado jamás, me retuvo largo tiempo, y me habló como si hubiera comprendido cuanto en mí pasaba. Mas no quise por esta vez abrirle de modo alguno el corazón, y viendo él que quería retirarme para no molestar á la Comunidad, me dijo que, si lo tenía á

bien, vendría á verme de nuevo para hablarme en el mismo sitio. Pero me obligó mi natural timidez, que esquivaba tales comunicaciones, á responderle que no pudiendo disponer de mí, haría cuanto la obediencia me ordenase. Me retiré despues de haber estado allí como hora y media.

Poco tiempo despues volvió, y aunque conocia yo ser voluntad de Dios que le hablase, no dejé de sentir terribles repugnancias, cuando me fué preciso ir, y esto fué lo primero que le dije. Me respondió que le era muy grato haberme dado ocasion de hacer á Dios un sacrificio. Entónces, sin pena ni forma alguna, le abrí mi corazon, y le descubrí el fondo de mi alma, tanto lo malo, como lo bueno. Sobre este punto me consoló extraordinariamente, asegurándome que no habia motivo alguno de temor en la conducta de este Espíritu, pues en nada me separaba de la obediencia, y

que debia seguir todas sus inspiraciones abandonándole todo mi ser, para sacrificarme é inmolarme segun su beneplácito.

Admirando el que la gran bondad de Dios no se hubiese cansado de tanta resistencia, me enseñó á estimar los dones divinos, á recibir con respeto y humildad las frecuentes comunicaciones y trato familiar, con que me regalaba, y á dar por ello continuamente gracias á tan grande bondad. Habiéndole manifestado que este Soberano de mi alma me seguia tan de cerca sin excepcion de tiempos, ni lugares, que no podia rezar vocalmente, y para hacerlo me violentaba tanto, que en ocasiones permanecia con la boca abierta sin poder pronunciar una palabra, sobre todo en el Rosario, me dijo que no lo volviera á hacer jamás debiendo contentarme con las preces de obligacion, añadiendo el Rosario cuando pudiese. Habiéndole hablado algo acerca

de las caricias especiales y union de amor, que recibía del Amado de mi alma, y no describo aquí, me respondió que yo tenía en todo eso un gran motivo para humillarme, y él para admirar la grandeza de la misericordia de Dios para conmigo.

Pero no quería la bondad divina que recibiese consolacion alguna sin costarme muchas humillaciones. Esta comunicacion me las atrajo en gran número, y aún el mismo Padre tuvo mucho que sufrir por mi causa, porque se hablaba de que quería engañarle con mis ilusiones é inducirle á error como á los otros. Ninguna pena le causaba esto y no dejó de prestarme continuos socorros en el poco tiempo, que permaneció en este pueblo, y siempre. Mil veces me he admirado de que no me abandonase tambien como los demás; pues á cualquiera otro hubiera disgustado mi modo de conducirme con él, aunque no perdonaba él medio alguno

de mortificarme y humillarme con gran gusto mio.

Un dia que vino á decir Misa en nuestra iglesia, le hizo nuestro Señor, y á mí tambien, grandísimos favores. Al aproximarme á recibir la sagrada Comunión, me mostró su Sagrado Corazon como un horno ardiente, y otros dos corazones que iban á unirse y abismarse en él, diciéndome: «Así es como »une para siempre mi puro amor estos »tres corazones.» Y después me dió á conocer que esta union era exclusivamente para la gloria de su Sagrado Corazon, cuyos tesoros quería descubriese yo al Padre, para que él los diera á conocer y publicara todo su precio y utilidad. Con este objeto quería que fuésemos, como hermano y hermana, igualmente participantes en los bienes espirituales; y representándole acerca de esto mi pobreza y la desigualdad, que habia entre un hombre de tan elevada virtud y mérito y una pobre mi-

serable pecadora como yo, me dijo: «Las riquezas infinitas de mi Corazon »suplirán é igualarán todo: háblale sin »temor.»

Así lo hice en nuestra primera entrevista. Y su manera humilde y reconocida de recibir esta y otras varias cosas, que, en cuanto á él se referian, le dije de parte de mi soberano Maestro, me conmovió grandemente y me aprovechó más que todos los sermones, que hubiera podido oír. Y como le dijese que nuestro Señor no me comunicaba estas gracias sino para ser glorificado en las almas, á las cuales habia yo de distribuir las, sea de palabra ó por escrito, segun Él me diera á conocer su voluntad, sin preocuparme por lo que dijera ó escribiera, pues Él derramaria allí la uncion de su gracia para producir el efecto, que pretendia en el corazon de cuantos lo recibiesen bien; y que yo sufría mucho por mi repugnancia á escribir y mandar

ciertos billetes á personas, de las cuales me venian grandes humillaciones, me mandó que, áun á pesar de las grandes penas y humillaciones, que hubiera de sufrir, no desistiese jamás de seguir los santos impulsos de este Espíritu, diciendo simplemente lo que Él me inspirase, y una vez escrito el billete, se lo presentara á la Superiora é hiciese despues quanto ella me ordenara. Hícelo así; y no han sido pocas las humillaciones, que por esto he recibido de parte de las criaturas. Me mandó ademas escribir quanto en mí pasaba, á lo cual sentía una mortal repugnancia. Escribia, pues, todo para obedecer y luego quemaba lo escrito, figurándome que así cumplia suficientemente la obediencia; pero sufría mucho con esto, y vinieron los escrúpulos y la prohibicion de hacerlo en adelante.

